

ble: implica que, en su pensamiento, el Estado tiene acción sobre el dogma desde el momento en que haya por medio un interés social. En efecto, la Revolución abolió una institución de la Iglesia que corresponde al dogma, y el concordato mantuvo la abolición de las órdenes religiosas. Es importante detenerse en esto: "Las órdenes religiosas, dice Portalis, no son de derecho divino, no son más que de institución eclesiástica. No es necesario para la religión que las órdenes existan. Por consiguiente, los establecimientos son de la naturaleza de aquellos que el soberano puede permitir ó negar sin ofender lo que es de necesidad de salvación.... El género de vida que constituye las órdenes tiene relaciones íntimas con la policía de los Estados; se usa en un siglo, y no se usa en otro; es conveniente en un gobierno, en otros es inconciliable con las leyes; varía según los tiempos y los lugares; puede existir ó no, sin que la sustancia de la religión se altere ó se debilite. Durante los primeros siglos de la Iglesia no existía la profesión monástica; existían solitarios, pero no existía ninguna de las órdenes religiosas que se han establecido después..." Portalis explica á continuación por qué las órdenes monásticas no convienen á la sociedad francesa: "El papa tenía en otro tiempo en las órdenes religiosas una milicia que le prestaba obediencia y que estaba siempre dispuesta á propagar las doctrinas ultramontanas. Nuestras leyes han licenciado esta milicia, y han podido hacerlo, porque jamás se ha negado al poder público el derecho de separar ó disolver las instituciones arbitrarias que no son de la esencia de la religión ó que son juzgadas sospechosas ó incómodas al Estado," (1).

Portalis declara que las órdenes religiosas no son de derecho divino; lo juzga así en nombre del Estado. Si el Estado puede abolir el monaquismo, porque no es de derecho divino, ¿porqué no ha de poder abolir el celibato de los curas? Si puede por su sola autoridad, y sin la intervención de la Iglesia, derogar lo que le es sospechoso ó incómodo, ¿por qué no ha de poder modificar el dogma probando que no es de derecho divino? ¿Qué digo? Podría abolir el derecho divino, probando que no hay derecho divino. ¡Hé ahí, pues, el catolicismo

(1) PORTALIS, *Discursos y dictámenes sobre el concordato*, páginas 226, 227, 40.

reformable y perfectible, según un católico! Todo sigue á las revoluciones de las costumbres, como Portalis dice de las instituciones monásticas; todo es, pues, variable, progresivo, perfectible. Y estas modificaciones pueden hacerse por el Estado, á pesar de la Iglesia. La Iglesia no ha consentido en la abolición de las órdenes monásticas, y los escritores ortodoxos protestan vivamente contra esta usurpación de la Asamblea nacional. Niegan todo lo que Portalis afirma. Portalis dice que las órdenes religiosas no son de derecho divino. Delbos asegura que Dios mismo es su fundador; halla pruebas de esta divina fundación en los tiempos de Moisés y de Elías; después Jesucristo fué el modelo de la vida religiosa. "La irreligión, dice, la impiedad son las que han destruido á los monjes. Al destruir el monaquismo, la Revolución ha destruido la obra de Dios. La Asamblea constituyente enarbó el estandarte de la rebelión, no tan sólo contra la autoridad eclesiástica, sino también contra la autoridad divina," (1).

Es evidente que la doctrina de Portalis está en contradicción con el catolicismo romano, tal como se comprende hoy. Esto es tan cierto, cuanto que las órdenes religiosas se han reconstituido en todas partes, á despecho de las leyes que las suprimen, por medio de la astucia y el fraude, y gracias á la increíble incuria de los reyes y de los pueblos. Los motivos que, según Portalis, legitimaron su supresión subsisten siempre; á los abusos inevitables y á los peligros que presentan las instituciones monásticas ha venido á unirse un mal nuevo, el mayor de todos, la violación permanente de la ley: ¿puede aún existir una sociedad, cuando el derecho es desconocido, eludido, defraudado por corporaciones poderosas que pasan por practicar las máximas evangélicas de la perfección? Los revolucionarios no hacían mal, pues, pidiendo que el catolicismo fuese reformado. La reforma es cada día más necesaria. Declarar al cristianismo tradicional irreformable es condenarlo á una ruina cierta en unos tiempos en que todo cambia, ó todo se reforma ó todo está en revolución.

Los más peligrosos enemigos del catolicismo son aquellos que le declaran irreformable. Esto es darse la mano con los revolucionarios y con los

(1) DELBOS, *Historia de la Iglesia de Francia desde la convocación de los estados generales*, t. 1, p. 452, 454, 427.

filósofos que piden su abolición, aunque sea por medio de la violencia. Los filósofos pretenden que la religión natural es bastante. Portalis niega, y con razón, que una religión puramente filosófica pueda nunca ser nacional ó popular: "Una religión sin culto público, ¿no se debilitaría muy pronto? ¿No volvería á traer infaliblemente la multitud á la idolatría? Una religión que no hablase á los ojos y á la imaginación, ¿podría conservar el imperio de las almas?... Los hombres ¿se convierten, al ilustrarse, en ángeles? ¿Pueden, pues, esperar que, comunicando sus luces, elevarán sus semejantes al rango sublime de puras inteligencias? Los filósofos de todos los siglos han manifestado constantemente el deseo de no enseñar más que lo que es bueno, lo que es razonable; pero ¿se han puesto de acuerdo entre ellos sobre lo que reputaban razonable y bueno? ¿Reina una gran armonía entre los que han discutido y los que todavía discuten los dogmas de la religión natural? ¿No tiene cada uno de ellos su opinión particular y no se halla reducido á su propio sufragio?," (1).

Cada una de esas interrogaciones encierra una imposibilidad. Los revolucionarios lo sintieron intuitivamente; no se contentaron con el catecismo de Volney; quisieron dar un culto á la ley natural: de ahí la religión decadaria y las tentativas de los teofilántropos. Portalis cree que una religión nueva es imposible: "No se hace una religión como se promulgan leyes. Si la fuerza de las leyes proviene de que se las teme, la fuerza de una religión proviene únicamente de que se la cree. Ahora bien, la fe no se manda. La razón es perentoria; pero no prueba que no pueda establecerse una religión nueva, prueba únicamente que no se la puede fundar por medio de una ley. Es la condenación de la religión civil de Rousseau y de Robespierre, aun no es la condenación de la teofilantropía.

Portalis continúa: "En el origen de las cosas, en los tiempos de la *ignorancia* y de la *barbarie*, algunos hombres extraordinarios han podido decirse inspirados, y, á ejemplo de Prometeo, hacer descender el fuego del cielo para animar un mundo nuevo. Pero lo que es posible en un pueblo naciente no puede serlo en naciones gastadas, cuyas costumbres é ideas es difícil cambiar." Hé ahí un

(1) PORTALIS, *Discursos y dictámenes sobre el concordato*, páginas 6, 7.

orden de ideas que admira encontrar en Portalis. ¿No es eso atribuir el origen de las religiones á la *ignorancia* y á la *barbarie*? Además, ¿no es condenar á las naciones civilizadas á conservar eternamente esta herencia? Y si se deciden á rechazarlo, ¿deben renunciar á toda religión? Sin duda Portalis no pensaba en Jesucristo cuando hablaba de Prometeo. Pero hoy la cuestión está así planteada. La humanidad no cree ya en la divinidad de Jesucristo: hablamos de los hombres que piensan, los demás no se cuentan. ¿Es preciso que la humanidad se prostorne para siempre ante Jesucristo, aunque ya no crea en el Hombre-Dios? Y si renuncia al culto de Jesucristo, ¿debe renunciar á toda religión?

Portalis insiste: "Las leyes humanas pueden sacar ventajas de su novedad, porque á veces las leyes nuevas anuncian la intención de reformar antiguos abusos ó de hacer algún nuevo bien; pero, en materia de religión, todo lo que tiene la apariencia de la novedad lleva el carácter del error ó de la impostura. La antigüedad conviene á las instituciones religiosas, porque, relativamente á esta especie de instituciones, la creencia es más fuerte y más viva, á proporción que las cosas que son el objeto de ella tiene un origen más remoto." ¿No se creería, al leer esas líneas, que nuestra religión es hoy aún lo que era en la cuna del mundo? Nuestras creencias han empezado por ser nuevas: se puede fijar el año y el día en que han nacido. Si el cristianismo ha sido una novedad, no es, pues, de esencia en la religión el ser tan vieja como el mundo; si ha habido innovaciones, revoluciones religiosas, todavía puede haber más.

No, dice Portalis: "Se cree en una religión, porque se la supone obra de Dios. Todo se pierde, si se deja entrever la mano del hombre," (1). Hé ahí el gran argumento que se opone á toda innovación religiosa, argumento que se cree invencible. Es cierto que las antiguas religiones atribuyen su origen á Dios; ¿quiere decir que esto sea de la esencia de la religión? Es preciso entenderse cuando se habla del origen divino de las instituciones religiosas. Los que tienen una creencia cualquiera pueden creer que viene de Dios, sin creer que la tienen de una revelación directa, milagrosa. ¿Es

(1) PORTALIS, *Discursos y dictámenes sobre el concordato*, página 17.



menester necesariamente que Dios se encarne en el seno de una Virgen para comunicar la verdad á los hombres? ¿Quién se atrevería á sostenerlo? Eso sería decir que antes de Jesucristo no había religión. Se creía antes de la venida del Cristo que Dios inspiraba á los profetas para anunciar sus voluntades. Si inspira á los profetas, ¿por qué no ha de inspirar á la humanidad? Sería siempre una revelación divina; pero en vez de ser milagrosa, se haría por la mediación de la razón y de la conciencia. De hecho, jamás ha habido otra. Esta es hoy la convicción de todos los que se sirven de sus ojos para ver. Si esta convicción se hiciera universal, y es seguro que se hará, ¿sería el fin de toda religión, de toda fe? ¡Qué absurdo! Lo que pasa á nuestra vista da un mentís á Portalis y á todos los que piensan como él que una nueva religión es imposible. Las sectas avanzadas del protestantismo no creen ya en la divinidad de Jesucristo; no creen ya en una revelación milagrosa, y, sin embargo, tienen una religión; puede haber, pues, una religión sin un Prometeo, sin un Hombre-Dios, sin un profeta. Lo que decimos de los protestantes es también cierto respecto de los Judíos. No creen ya que Dios se haya presentado en carne y hueso á Moisés; no creen ya que el Eterno le haya dictado los mandamientos de la Ley; están, sin embargo, siempre unidos al mosaísmo, como los reformados lo están al cristianismo. ¿Qué quiere esto decir? Que la religión es antigua y nueva á la vez. Se modifica incesantemente, como todas las cosas humanas. Esta transformación se realiza bajo la ley del progreso. De este modo también se hará la revolución religiosa de la cual tenía el instinto el siglo XVIII. No vendrá un nuevo Prometeo, no vendrá un nuevo Cristo, pero el cristianismo tradicional se transformará. Será una religión á la vez nueva y antigua, como el cristianismo fué nuevo y antiguo.

## IV

Nos será fácil ahora apreciar la obra de Napoleón. Según nuestros modernos católicos, se diría que el primer cónsul fué más que un nuevo Constantino, más que un segundo Teodosio; creeriase que fué un Mesías, ó al menos un apóstol convenido de la divinidad del cristianismo cuyos altares había restablecido. Escuchemos uno de esos escri-

tores que escriben la historia á su capricho: "Poner la Francia en comunicación con el centro de la unidad católica, dice M. de Carné (1), fué el mayor servicio que un gobierno ha prestado jamás á un pueblo; y cuando se piensa en el desencadenamiento de tantas pasiones y de tantos intereses, en los furores de la impiedad no hace mucho aún triunfante, es imposible no ver en el concordato de 1801 una obra de audacia y de genio sin precedente en la historia., ¿Es bien cierto que el concordato fué el triunfo de la religión sobre la impiedad?"

Al paso que van las cosas, se concluirá por hacer de Napoleón un beato. Pongamos la realidad en el lugar de esas ficciones históricas. Al primer cónsul le gustaba conversar con Monge, sabio distinguido y librepensador: "Mi religión es bien sencilla, le dijo un día. Miro este universo tan vasto, tan complicado, tan magnífico, y me digo á mi mismo que no puede ser producto de la casualidad, sino obra de un ser desconocido, superior al hombre, como el universo es superior á nuestras más hermosas máquinas. Investigad, Monge, ayudad de vuestros amigos los matemáticos y los filósofos; no hallaréis una razón más fuerte, más decisiva, y sea lo que quiera lo que hagáis para combatirla, no lo lograréis. Pero esta verdad es demasiado sucinta para el hombre; quiere saber respecto á sí mismo, respecto á su porvenir, una multitud de secretos que el universo no dice. Sufrid que la religión le diga todo lo que siente la necesidad de saber, y respetad lo que habrá dicho. Es cierto que lo que una religión avanza, otras lo niegan. En cuanto á mí, pienso diferentemente que monsieur de Volney. De que hay religiones diferentes que naturalmente se contradicen deduce que son todas malas. Yo las hallaría más bien todas buenas, porque todas en el fondo dicen lo mismo., (2). Otro día decía á su interlocutor en los jardines de la Malmaison: "El domingo estaba solo en esta soledad; el sonido de la campana de Ruel vino á herir mi oído, me conmovi: tan fuerte es el poder de las primeras costumbres. ¡Qué impresión no debe hacer eso en los hombres sencillos y crédulos!... En Egipto, yo era mahometano; debo

(1) DE CARNÉ, *la Iglesia y el Estado (Le Conservateur, t. X, página 519).*

(2) THIERS, *Historia del Consulado, lib. XII.*

ser católico en Francia. ¡NO CREO EN LAS RELIGIONES, sino en la idea de un Dios!., (1).

Hé ahí la religión de Napoleón: es, con corta diferencia, la religión de Voltaire. Los católicos dirían que es la peste del indiferentismo, y bajo el punto de vista de la ortodoxia, tendrían razón. Es preciso añadir que esos sentimientos eran los de toda la clase instruida. Hemos oído á Portalis invocar el testimonio de los consejos generales y de los prefectos para probar á los revolucionarios que la masa de la nación deseaba el restablecimiento del culto católico. Hace involuntariamente otra confesión que contrasta singularmente con esta declaración. "La indiferencia de nuestro siglo por las instituciones religiosas y por todo lo que no se refiere á las ciencias y á las artes, á los medios de industria y de comercio que han sido tan felizmente desarrollados en nuestros días, y á los objetos de economía política, en los cuales parece que fundamos exclusivamente la prosperidad de los Estados., Es, en apariencia, una indiferencia bien desdenosa: "Orgullosos del estado de perfección á que hemos llegado, demasiado confiados en nuestras luces, nos imaginamos que, sin ningún peligro para la felicidad común, podremos en adelante renunciar á lo que llamamos preocupaciones antiguas., Lo que los católicos llaman indiferencia no es más que la transformación de las antiguas creencias; es la religión del otro mundo que cede el puesto á una religión de este mundo. Siendo este el estado de los espíritus á principios del siglo XIX, ¿para qué restaurar la antigua religión, en la cual no creían ya los creyentes?"

Era para Napoleón una cuestión de utilidad, un medio de gobierno, un instrumento de poder. Portalis no lo oculta. La religión es útil, es necesaria, como fundamento del orden público: "¿Por qué existen magistrados? ¿Por qué existen leyes? ¿Por qué estas leyes anuncian premios y penas? Porque los hombres no siguen únicamente su razón, porque se hallan naturalmente dispuestos á esperar y á temer que los institutores de las naciones han creído deber aprovechar esta disposición para conducirlos á la felicidad y á la virtud. ¿Cómo, pues, la religión, que hace tan grandes promesas y tan grandes amenazas, no había de ser útil á la sociedad? Las leyes y la moral no serían bastantes. Las

(1) BIGNON, *Historia de Francia desde el 18 brumario, c. XX.*

leyes no rigen más que ciertas acciones; la religión las abraza todas. Las leyes no contienen más que el brazo; la religión rige al corazón. En cuanto á la moral, ¿qué sería, si permaneciese relegada en la elevada región de las ciencias, y si las instituciones religiosas no la hiciesen descender para hacerla sensible al pueblo? La moral sin preceptos positivos dejaría á la razón sin regla; la moral sin dogmas religiosos no sería más que una justicia sin tribunales.,

Esto al menos es claro. La religión sirve de tribunal y de verdugo á la moral. Es preciso, además de las leyes penales, además de los presidios y el cadalso, un infierno y demonios para contener á los que no hubieran tenido miedo del código penal. ¿Qué sería, pues, la sociedad si los hombres no creyesen ya á Satanás y á su reino? Pues que el catolicismo, con su dogma terrible del infierno, es tan precioso medio de gobierno, es preciso darle un puesto en el Estado, y procurar fijarlo, consolidarlo. Es inmutable por su naturaleza; esta es una máxima excelente que asegura la estabilidad; es preciso auxiliar esta inmutabilidad, inmovilizando la religión. Es cierto que el legislador no cree en la religión que quiere perpetuar; pero ¿qué importa? No es por eso menos útil. Al leer estas cosas irritantes, el lector creará que las inventamos, que escribimos la sátira del concordato y de los que lo han firmado. No es nada de eso. Vamos á transcribir las palabras de Portalis: "La cuestión respecto á la verdad ó la falsedad de tal ó cual religión positiva no es más que una pura cuestión teológica que nos es extraña. Las religiones, aunque falsas, tienen al menos la ventaja de poner un obstáculo á la introducción de las doctrinas arbitrarias; los individuos tienen un centro de creencia; los gobiernos están tranquilos respecto á los dogmas una vez conocidos, que no cambian; la superstición está, por decirlo así, regularizada, circunscrita y estrechada en límites que no puede ó que no se atreve á franquear., (1).

Así, pues, el legislador no se cuida de la verdad ó de la falsedad de las creencias religiosas. Napoleón las cree falsas, tan católico es como mahometano; pero quiere regularizar las supersticiones, establecer la regla en el dominio del error,

(1) PORTALIS, *Discursos y dictámenes sobre el concordato, página 20.*



como la establece en su administración. El libre movimiento de las sectas le es antipático. Nada más curioso que una conversación de Napoleón acerca de las disputas religiosas; citaremos algunos rasgos: "No existe institución más admirable que la que mantiene la unidad de la fe y evita las querellas religiosas. No conozco nada más odioso que una multitud de sectas disputándose, lanzándose invectivas, combatiéndose á mano armada ó formando pandillas que se envidian y crean al gobierno dificultades de toda especie. Las querellas de sectas son las más insostenibles que se conocen. Son ó crueles y sanguinarias, ó secas, estériles, amargas, (1).

Napoleón, que veía el ideal en la unidad y que no comprendía la libertad, se extasiaba ante la unidad católica. En esta misma conversión exclama: "El papa, que mantiene la unidad de la fe, es una institución admirable." La medalla, sin embargo, tiene un reverso. Si la unidad es el ideal, hay que decir, con los ultramontanos, que los soberanos pontífices son los dueños del mundo. Napoleón no lo entendía así. Quería la unidad católica, con los artículos de Bossuet, es decir, la unidad de la fe, pero la sumisión de la Iglesia al emperador. El régimen de la religión es el semejante del régimen político. Napoleón puso término á la República á la vez que á la libertad de pensamiento; una autoridad de hierro reemplazó á la libertad.

### § III.—¿Quién es el vencedor?

El vencedor es el catolicismo, dicen los católicos, y es preciso estar ciego para negarlo. ¿Qué quería el siglo XVIII? La frase célebre de Voltaire nos lo dice: *aplastar la infame*. La filosofía, bajo todas sus formas y á pesar de la diferencia de sectas, perseguía la ruina del cristianismo. En el 89 empezó su obra; demolió la Iglesia para volverla á construir nueva; trató de hacer penetrar en ella el espíritu de la Revolución. Cuando la resistencia del clero ortodoxo demostró la inutilidad de sus esfuerzos, arrojó la máscara: los unos, los hijos perdidos del 93, transforman las iglesias en sitios de libertinaje y las mujeres públicas en diosas; los otros intentan fundar una religión nueva, y la Convención puso su omnipotencia á su servicio.

(1) THIERS, *Historia del Consulado*, lib. XII.

¿Qué resultado dió esta larga guerra contra el cristianismo? Dios envió un soldado afortunado. No hace más que presentarse y la República desaparece; no tiene más que poner una firma al pie del concordato, y Francia vuelve á los altares del Cristo. La Iglesia constitucional vuelve á entrar arrepentida en el seno de la Iglesia universal; en cuanto á la religión decadaria y al culto de los teofilántropos, se disipan como si no hubiesen existido nunca. El mismo galicanismo, aunque tiene en su favor la autoridad de Napoleón y después el prestigio de la antigua monarquía, abdica ante la única verdadera religión, la de Roma. ¿Hay que preguntar aún quién es el vencedor?

Hemos contestado de antemano á este grito de triunfo, y la historia de la *reacción religiosa* completará nuestra respuesta (1). En el terreno de la doctrina no se puede discutir con los católicos, como no se puede razonar sobre la luz con los ciegos. Si no ceden á la razón, cederán ante el poder de la realidad. La Revolución francesa no es más que el principio de una era nueva; es la primera escaramuza de una lucha decisiva entre el pasado y el porvenir; antes de gritar victoria, es preciso esperar el fin del combate. Aun considerándola como una época aislada, ¿es cierto que sea tan favorable al catolicismo como lo pretenden sus defensores?

Los católicos no celebran seriamente su triunfo. Cuando hablan francamente, maldicen la Revolución y echan de menos con amargura todo lo que ha destruido. La Asamblea nacional ha arrebatado á la Iglesia el magnífico *patrimonio de los pobres* que le aseguraba una existencia independiente y una posición tan alta como la del poder real. En vano se trata de reconstituirla por medio del fraude; si lo consiguiera, el Estado se apoderaría de nuevo de riquezas, fruto de la captación y de la violación de las leyes. La Revolución ha destruido las órdenes religiosas; es como si hubiese abjurado el cristianismo tradicional. ¿Qué importa que los muertos hayan resucitado? Son espectros sin vida real, pues que no tienen existencia legal. Los conventos no existen sino por fraude; usarán y abusarán de él tanto, que la conciencia pública se sublevará contra ellos, y el legislador se verá obligado á destruir definitivamente asociaciones

(1) Véase mi *Estudio sobre la reacción religiosa*.

que no son más que una obra de mentira y de hipocresía. La Revolución ha curado una llaga más profunda aún al cristianismo tradicional, aboliéndola como religión dominante y proclamando la libertad religiosa. Es imposible que la revelación se mantenga en presencia del libre pensamiento, porque el libre pensamiento es la negación de la revelación, y concluirá por arruinarla.

La Revolución ha fracasado, se dice; quería destruir al cristianismo, y el cristianismo ha ganado una vida nueva en las persecuciones que tendían á su ruina. Si, la Revolución ha fracasado en su obra de violencia, y nos felicitamos por ello; en este sentido aplaudimos el triunfo del catolicismo, porque es el triunfo de la idea de derecho y de libertad. Sólo que nosotros hubiéramos querido que la victoria fuese más pura. No fué sólo con sus fuerzas como el catolicismo venció á la Revolución; fué necesario un guerrero, un conquistador que empezó por destruir lo que quedaba de libertad política en Francia, y que restauró á seguida la antigua religión, encadenando la libertad religiosa y violentando la parte ilustrada de la nación. Si esto se llama el triunfo de la Iglesia, no hay de qué vanagloriarse. Una restauración del cristianismo tradicional, debida á la fuerza, atestigua en contra del culto que se restaura. Pero tal es la obcecación de los hombres del pasado, que alaban á Napoleón (1) *por no haber respetado los derechos del culto constitucional*; ese es el servicio por el cual mereció, según ellos, el título de nuevo Constantino. Este elogio es la condenación del catolicismo. Necesitó el apoyo de los emperadores cristianos para vencer el paganismo; necesitó también la protección de un soldado coronado para vencer el principio de libertad que hacía la fuerza del clero constitucional. ¡Ay del cristianismo romano si necesita semejantes protectores para salvarse! Esos salvadores no piensan más que en su propio interés, y cuando emplean la fuerza al servicio de las ideas religiosas, comprometen la religión misma que sirven.

Los demócratas declaran un crimen el concordato de Napoleón: "¡Que Dios perdone al gran emperador!", exclama Proudhon. Pero el jefe del Estado que, pudiendo elevar muy alta la conciencia del pueblo, la vuelve á poner bajo el yugo de

(1) VEUILLOT, *Mélanges*, t. I, p. 241-244.

la Iglesia, tendrá que habérselas con la posteridad. Los librepensadores tienen razón para maldecir la obra de Napoleón, en el sentido de que fué una obra retrógrada. Francia gozaba de la libertad religiosa, Napoleón se la arrebató; obligó al clero constitucional á volver á entrar en el seno de la Iglesia romana, y puso término á la religión decadaria y al culto de los teofilántropos. Si mantuvo las Iglesias reformadas y el culto judío, es porque debía tomar en cuenta los hechos sociales; su ideal era la unidad absoluta, en religión como en política. Hemos dicho en otra parte que la monarquía universal es un falso ideal. El ideal de la unidad religiosa es igualmente falso. La religión es ante todo el derecho del individuo; por consiguiente, no puede tratarse de una unidad absoluta de culto; la libertad es, por el contrario, lo que debe ser el derecho común.

¿Quiere esto decir que no haya en la religión más intereses que el del individuo? Hay por lo pronto un interés social que es evidente, de cualquiera religión que se trate. El Estado está interesado en que la idea religiosa se conserve, porque sin religión ó con la irreligión no hay ya ninguna garantía de moralidad; se llega á una civilización puramente material, lo que, como dice Portalis, es una verdadera barbarie, barbarie civilizada peor que la barbarie salvaje, porque la primera es una señal cierta de decadencia, mientras que la otra tiene por lo menos algunos gérmenes de porvenir. Ahora bien, el mal de la época moderna ¿no es precisamente la ausencia de moralidad, una civilización sin alma, sin fe? ¿No es este el mal que mina principalmente á la Francia? No nos atrevríamos á plantear esta cuestión formidable si no encontrásemos la respuesta en algunos escritores contemporáneos de la Revolución. En 1789, el autor de las *Revoluciones de París* exclama: "¿Las costumbres? ¡No las tenemos ya! ¡NO EXISTE NACIÓN MÁS INMORAL!" Loustalot añade que ese espectáculo no se ha hecho para echar de menos el pasado. La religión, en apariencia, era floreciente, á pesar de la incredulidad de las clases altas; en realidad, carecía de móvil, pues que no aseguraba la moral pública (1). Este era el estado de las costumbres cuando estalló la Revolución. La pasión de la libertad hizo las veces de fe en los hombres

(1) *Las Revoluciones de París*, Introducción, p. 10.